

Alberto Rojas Giménez

No sabemos si él tenía un falso concepto de la vida, o la vida tenía un falso concepto de él.

Joven fué siempre y joven ha muerto. Juventud americana, llena de promesas en un paisaje demasiado potente, y por lo mismo casi inútil.

Rojas Giménez, fundador de «Claridad»—cuna de una falange literaria y política que hoy va en plena ascensión—representaba a toda una generación, y dentro de ella poseía tanta individualidad como para no parecerse a ninguno.

Fué a Europa... A su regreso publicó «Chilenos en París», libro que hacía recordar a un Gómez Carrillo, quizás más ágil y nuevo. También Alberto Rojas hizo por allá bellos alardes americanos: mujeres, amigos y algún hijo.

Desde París enviaba artículos sobre arte nuevo a la «Nación» (la famosa página Montparnasse, en la que colaboraban también Vargas Rosas y Jean Emar), al «Mercurio» y a muchas revistas.



Su primera labor como poeta la había recogido en un libro—«Solney»—que conocieron algunos amigos y que nunca hizo imprimir.

En la revista «Educación» se reveló como un buen crítico de artes plásticas y «Atenea» recibió desde temprano parte de su labor como poeta y fino conocedor del arte moderno («Crepúsculo en el mar», «Dos poemas», «Elementos del Teatro Nuevo», «Siete capítulos para una novela», y diversas traducciones). La revista «Letras» lo tuvo entre sus mejores poetas y dibujantes.

Hace algún tiempo había entregado un libro de crónicas, «Color de París», a la editorial Ercilla; un libro de poemas, «Carta-Océano», a la editorial Walton, y la traducción de «Le Negre» de Souppault, en colaboración con Tomás Lago, a la editorial Zig-Zag.

Sin embargo toda su última labor la realizaba empujado por los amigos. «¿Triunfar? ¡Para qué!». Viajaba por los pueblos del sur dando conferencias, y contándoles a huasos estupefactos la estética de Picasso, o las aventuras de «Petit Louis», el terrible apache parisino. Después quiso irse al Chaco, y en Antofagasta no lo dejaron subir. La aventura por la aventura, o por el recuerdo que deja. Se conformaba con muy poco, un gesto leal, una sonrisa amable: «Mozo, dos copas. Una noche en Hamburgo...». Bebía, sí, bebía. Bebía para estar más agudo y recordar mejor, y hacía beber a los demás para ponerlos más humanos y más amables, para que olvidaran un momento la calle y la obligación.

Rojas fué siempre el niño que no cree en los juegos de los mayores. Le faltó egoísmo para triunfar. Nunca se supo tomar en serio, y eso no se lo perdonaron.

Desde hace algún tiempo, y a pesar de su dinamismo habitual, recordaba cada vez con más frecuencia a los amigos muertos: Al pintor Meza, al poeta Egaña, a Joaquín Cifuentes Sepúlveda, a Domingo Gómez Rojas... La vida se hacía cada vez más dura y agria. Todos corrían tras el éxito, y la juventud se iba. «Vivimos días terribles», decía con fino humorismo. Lo llamaban,

Alberto, Luis, Federico, Sergio, y cada nombre era una ciudad lejana, un amor, o una bella fantasía.

Se murió y los ríos se despertaron y el agua se hizo violencia. Alberto Rojas Giménez, pese a su cara de perpetuo adolescente y a su sonrisa traída de Europa, era una fuerza americana, que para desgracia de todos se desvió sin encontrar cauce.

JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

